

# NOTAS FILOLOGICAS

J. L. PENSADO

*Universidad de Salamanca*

## I. A Dios paredes

Don Antonio de Guevara en la «Letra para Don Francisco de Mendoça, obispo de Palencia», en la cual se declara y condena cuán torpe cosa es decir «bésoos las manos» hace una relación de las fórmulas de saludo usadas en Italia y en España, y hablando de las de Castilla advierte: «Acá, en esta nuestra Castilla, es cosa de espantar, y aun para se reír, las maneras y diversidades que tienen en se saludar, así cuando se topan como cuando *se despiden*, y aun cuando se llaman. Unos dicen «*Dios mantenga*»; otros dicen «*mantengaos Dios*»; otros, «*enhorabuena esteis*», y otros, «*enhorabuena vais*» [=vayais]; otros, «*Dios os guarde*»; otros «*Dios sea con vos*»; otros, «*quedaos a Dios*»; otros, «*vais [=vayais] con Dios*»; otros, «*Dios os guie*»; otros, *el ángel* [sc. el de la guarda] *os acompañe*; otros, «*a buenas noches*»; otros «*con vuestra merced*»; otros, «*guarde os Dios*», otros, «*a Dios, paredes*», y aún otros dicen ¿«*hao quién está acá?*».

«Todas estas maneras de saludar —prosigue— se *usan solamente entre los aldeanos y plebeyos y no entre los cortesanos y hombres polidos*»<sup>1</sup>.

Como vemos, *a Dios paredes* es una de las fórmulas de despedida, sinónima de *quedaos a Dios*, *vais con Dios*, *Dios os guie* y *guarde os Dios*. La puntuación «*a Dios, paredes*» no tiene mucho sentido dentro del contexto, y no podemos verificar si es la original del impreso o fue introducida por el editor.

Parece que la palabra *paredes* ha sido tomada por un sust. plur. de *pared*, como si fuese cosa normal, y no absurda, desearles buena fortuna; pues las fórmulas de despedida están hechas en principio para personas, y la cortesía no obliga a hacerlas extensivas a los muros hogareños.

Si en vez de asignar a *paredes* la función de sust. se le hubiese atribuido la de un verbo, como ocurría en las otras fórmulas paralelas (*quedaos*, *vais*

<sup>1</sup> *Libro Primero de las Epístolas Familiares* de Fray Antonio de Guevara, ed. J. M. de Cossío, R. A. E., Bibl. Selecta de Clásicos Españoles, XII, vol. II, p. 51.

[=vayais], *guie*, *garde*) seguramente habríamos atinado con el sentido recto y correcto de la fórmula de despedida, mencionada por Guevara. *Paredes* en el sintagma era una 2.<sup>a</sup> pers. del plur. del pres. de subj. del verbo *parar*, regido por la preposición *a*, como ocurre en su equivalente *quedaos a Dios*.

La conservación de la *-d-* en las desinencias *-ades*, *-edes*, *-ides*, ya tenía en tiempos de Guevara un tinte arcaizante, pues su caída venía arrastrándose desde el s. XIV. A finales del s. XVI todavía era expresión normal de despedida y se cita en los *Pleasant and Delightfull Dialogues in Spanish and English...* by John Minshev (London 1599). Con ella cierra el criado Alonso el Diálogo Primero, despidiéndose del *Ama*, que le dice: «A menos excusarás de que él no te asiente en el rabo», a lo cual responde Alonso: «Yo me voy a ensillar el cavallo; a *Dio sparedes* (sic); hasta la buelta»<sup>2</sup>.

En el siglo XVII la fórmula de despedida de *aldeanos* y *plebeyos* se reinterpreta, sin duda, humorísticamente, y el verbo *paredes* pasa a considerarse un sust. plur. *paredes*, imaginando al aldeano y al plebeyo como un necio, que se despide hasta de las *paredes*. Aunque las *paredes oyen* y la frase proverbial pudo contribuir a dar gracia a la burla, ésta llegó a esconder, y aún a eliminar, el sentido primero del saludo rústico, que no era de tan necio contenido.

Los refranes recogidos por G. Correas ya explotan esa gracia. El primero, que tiene estas variantes: «*A Dios, paredes. A Dios, paredes, hasta la vuelta. A Dios, ke me mudo. A Dios, vesinas, que me mudo*»<sup>3</sup> va acompañado de un chascarrillo justificatorio de la expresión, sin duda porque, como un tanto absurda, la necesitaba; pues en su predecesor, Hernán Núñez, se incluía solamente *A Dios paredes*, y sin explicación alguna<sup>4</sup>.

*A Dios paredes* ha perdido su sentido primero (de fórmula de despedida del que se *queda* al que *parte*) y ha adquirido uno nuevo al aplicarse al que *parte* y se despide de unas *paredes*. Por muy dulce que sea el hogar y sus paredes, tal despedida de tono burlesco, necesitaba ser justificada, y así lo hacía Correas, con los gritos de una vieja a la cual unos ladrones le robaban la casa y la llevaban envuelta entre las ropas de su cama.

El segundo proverbio «*A Dios, paredes, ke me voi a ser santo. E iva a ser ventero*», tiene también un apéndice explicativo de naturaleza burlesca y contrastante con su primera parte, en donde aun se adivina el primitivo sentido del sintagma *a Dios paredes*, formado por un verbo, *paredes*, que expresa el fin de un movimiento.

Del deseo primitivo de la fórmula (que el despedido *quede*, *permanesca* o más a la letra *pare* o acabe su viaje con Dios) apenas queda algo más que la idea de *ir a parar*, pero no *a santo* sino al oficio de *ventero*, que no es de los más cercanos a la divinidad.

<sup>2</sup> Cf. MARCEL GAUTHIER [seud. de R. Foulché-Delbosc], *Diálogos de Antaño*. Revue Hispanique, XLV, p. 89.

<sup>3</sup> *Vocabulario de Refranes y Frases Proverbiales* (1627). Ed. L. Combet, Bordeaux 1967, p. 13.

<sup>4</sup> *Refranes o Proverbios en Romance*. Usamos la ed. de Lérida 1621, p. 3.

El *sentido burlesco* del sintagma prevaleció pronto sobre la acepción normal de despedida de *rústicos* y *plebeyos* (viva durante el s. XVI) de tal suerte que S. de Covarrubias puede anotar s.v. «pared»: «*A Dios paredes*, proverbio de la madre Celestina»<sup>5</sup>, y alusivo al siguiente pasaje, en donde la famosa tercera dice: «Vamos. Elicia, quédate a Dios; cierra la puerta. ¡*Adiós paredes!*». Aunque sea un exceso de cortesía, pues, como el propio lexicógrafo, advierte s.v. «Dios», comentando el sintagma sinónimo «*Adiós, que me mudo*, no ha de ser el huésped tan descortés que al partirse no se despida y salude a los huéspedes con decirles: *Quedad con Dios*».

Covarrubias está aplicando al texto celestinesco el sentido de los proverbios ya citados de G. Correas: «*A Dios paredes, A Dios paredes. Hasta la vuelta. A Dios ke me mudo hasta la vuelta*». Y quizás lo haga así porque ya no conoce la otra posibilidad.

Si la Celestina fuera a mudarse de casa, o fuese tan casera que apenas saliese de ella, se explicaría perfectamente esa despedida parietaria, pero, no siendo ése el caso, pues va a ejercer su habitual tercería, nos resulta sorprendente el sentido de la expresión en el contexto.

Sólo en la edición de J. Cejador<sup>6</sup> se anotan al respecto las frases proverbiales, ya mencionadas de Correas, sin advertir que ninguna de ellas cae bien en el contexto, pues ni se la llevan a la fuerza ni va para ventera.

En consecuencia, nos parece más apropiado al contexto de *La Celestina* la acepción de fórmula de despedida de aldeanos y *plebeyos* mencionada por A. de Guevara, que la más tardía y burlesca, de simular despedirse de unas paredes que se abandonan sólo por poco tiempo.

Celestina se despide de Elicia, diciéndole, primeramente «*quédate a Dios*» tratándola de *tú* (como si fuera una niña o persona de mucha confianza) y acaba reiterando el saludo con un «*a Dios paredes*», que implica, por ser la 2.<sup>a</sup> persona de plur., un *vos* de más consideración y ceremonia entre las gentes de su clase, puesto que «*vos se dize a los criados o vasallos*».

El *Diccionario de Autoridades*, que tantas veces recurre a S. de Covarrubias, en este caso no acogió la expresión celestinesca y se limita a introducir unas «*paredes*. Figuradamente se toma por la casa propia de cada uno, y se usa siempre en plural»<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, ed. de M. de Riquer, Barcelona 1943, s.v.

<sup>6</sup> FERNANDO DE ROJAS, *La Celestina*, 3.<sup>a</sup> ed. I, Clás. Cast. 20, Madrid 1931, p. 64.

<sup>7</sup> *Diccionario de la Lengua Castellana*, V. Madrid 1737, p. 128.

## II. «QUTILDEQUÉ»

La palabra *qutildequé* fue usada varias veces por Baltasar Gracián en *El Criticón*, tercera parte, crisis IV, *El Mundo descifrado*. Los estudiosos y editores de su obra han tenido dificultades para acreditar su significado.

A ella consagró una nota M. Romera-Navarro, en su famosa edición de la obra maestra de Gracián, nota que dice así: «Este *qutildeque* es la única dificultad lingüística, entre tantas como tiene la obra, que atrajo la atención de Adolphe Coster, biógrafo de nuestro jesuita: «*Qutildeque* est évidemment la transcription de l'abréviation *q̄que*. J'ai vainement cherché quel en étais le sens. Mon docte ami D. Francisco Rodríguez Marín, m'a suggéré le mot *quisque*, qui s'emploie quelquefois dans le sens méprisant de *quidam*. J'avoue que cette explication ne me satisfait pas entièrement» (*Baltasar Gracián*, p. 186, n. 4). Por mi parte confieso que otros muchos pasajes, pero muchos, me hicieron cavilar más que el presente. Analizando las partes (*qu-tilde-que*) tenemos: *qu* es el nombre de la *q*; con *tilde* es *~*, abreviatura del *qual*; y *qual* más *que* es igual a *qualque*, que significa *cualquiera*... Además, la palabra del texto la veo empleada en un romance del cordobés (sc. Góngora), en que se hace la pintura de un necio afectado, al cual pregunta el poeta: «¿Qué ai, señor Q. *tildeque*?»<sup>1</sup>.

La explicación de Romera-Navarro ha sido aceptada sin sombra de duda por los editores y especialistas en Gracián, baste citar las ediciones de E. Correa Calderón<sup>2</sup> o la más reciente de Santos Alonso<sup>3</sup>, y tiene también el beneplácito de lingüistas como G. Salvador Caja<sup>4</sup>.

Sin embargo, tal interpretación es difícil de aceptar, bastaría acudir a cualquier impreso del siglo XVI, para comprobar que una *.q̄.* no es abreviatura de *qual* sino simplemente de *que*. Lo que ha pasado es que Romera-Navarro se ha dejado llevar por lo que había imaginado A. Coster, y creyó que se trataba de la abreviación de una sola palabra, de un *.q̄que.*, cuando en realidad es un sintagma que designa una *.q̄.* con una tilde encima.

Así nos lo hace saber este pasaje de Fr. Martín Sarmiento: «Cuando me enseñaban a leer me dijeron que esta letra *.q̄.* se llamaba *cutilde qué*. Tomé de memoria la voz *cutildequé* como un papagayo, y sólo en confuso supe que significaba *que*. No me enseñaron más. Pasaron no pocos años sin penetrar yo la voz, o tres en una, *cutildequé*. Pregunté a otros de mi edad quién era *cutildequé* y si le conocían. Dirán que yo entonces eran *rudo*, y yo digo que más rudo era el que me enseñaba a *leer*, pues no supo enseñarme de modo que yo entendiese que la letra *.q.* con una raíta encima *.q̄.* o ladeada *.q̇.* era abreviatura de *que*. Dudo que yo supiese la voz *tilde*, pero sí la voz

<sup>1</sup> *El Criticón*. Edición crítica y comentada por M. ROMERA-NAVARRO. Filadelfia. University of Pennsylvania Press 1938-1940, III, pp. 126-127.

<sup>2</sup> Baltasar Gracián, *El Criticón*. Edición, introducción y notas de E. Correa Calderón. Clásicos Castellanos 165-167, Madrid 1971, III, p. 103.

<sup>3</sup> Baltasar Gracián, *El Criticón*. Edición de Santos Alonso. Letras Hispánicas. Cátedra. 2.ª ed. Madrid 1984, p. 617.

<sup>4</sup> *Sobre la letra «q»*. Real Academia Española, Madrid 1987, pp. 12-13.

raya, y el diminutivo gallego *raíña*. Si me dijese la .q̄. con *raíña* vale *que*, o *curraíñaqué* entendería el *cutildequé*, o .q̄. con tilde, *que*. Y debían decirme que la voz *tilde* significaba una *raíña* sobre una letra»<sup>5</sup>.

En la misma situación que Sarmiento nos encontramos nosotros, y el sencillo nombre de una letra .q̄. abreviada, que aprendían los niños que se iniciaban en la lectura, se hizo ininteligible; y ya en los tiempos del benedictino, es decir, a los 45 años de publicada la tercera parte de *El Criticón* (1657) el *cutildequé* se había tornado voz misteriosa y recóndita para los pequeños.

No tenía nada de rara su formación y así como se enseñaba a deletrear diciendo: *b.a = ba*, y nació un *beabá* «rudimentos o principios de cualquier ciencia o arte», al llegar a la .q̄. se les explicaba así: *qu tilde. qué*.

El *quildequé*, compuesto por una letra inútil o baldía, la .q., se va haciendo más recóndito a medida que los impresores van prescindiendo de ella como signo de abreviación de *que*. Era muy frecuente en el siglo XVI, pero ya a mediados del XVII se utiliza más raramente; tanto es así que en la edición de las *Obras en Verso* de L. de Góngora, hecha por J. López de Vicuña, tan sólo encontramos dos .q̄. y únicamente en la dedicatoria: «q̄ por la hermosura» y «con q̄ discurre». En cambio, abriendo al azar una página de la *Vida de la Madre Teresa de Jesús* (ed. de Guillermo Foquel, Salamanca 1588), la 195 concretamente, contamos en ella: «porq̄.», «paraq̄», «a mi q̄», «tanto q̄», coexistiendo con el *que* sin abreviar.

Lo curioso es que, contra toda norma ortográfica, se escribía (tanto en Góngora como en Gracián) con la letra .q., como exigía su origen. Sólo Sarmiento se decide a utilizar la grafía con una *c-*, rompiendo con su ascendencia.

No hay justificación alguna para imaginar que el *quildequé* sea una abreviatura de *qualque*, era abreviatura o cifra declarada paladinamente en el sintagma, y que sólo podía ser misteriosa para un niño que comienza a leer, para una analfabeta o para un necio.

Es curioso que los diccionarios castellanos no hayan acogido y explicado la expresión, como hicieron con el *beabá*. No sucedió lo mismo en los diccionarios portugueses, los cuales la registran y explican desde el siglo XVIII: «*Quutiliquê*. Chulo. *Homem de quutiliquê* he homem de respeito, de préstimo, etc. Tambem he termo com que os meninos soletraõ a Q do alphabeto, porque dizem, *quutilique*. Que»<sup>6</sup>. Aunque la grafía nace un poco sobrecargada de *úes* así continuó en los diccionarios actuales junto con otras variantes: *quutiliquê*, *quotiliquê* y *cutiliquê*<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> Cf. J. L. PENSADO, *El Gallego, Galicia y los Gallegos a través de los Tiempos*. Biblioteca Gallega. La Coruña 1985, p. 182. El pasaje pertenece a la *Obra de Seiscientos Sesenta Pliegos* y citamos por el texto de las *Obras* de Fr. Martín Sarmiento de la Colección Dávila, tomo XVII, 1.ª parte, Ms. 20395 de la B.N. de Madrid, fols. 7v.-8r.

<sup>6</sup> RAPHAEL BLUTEAU, *Vocabulario Portuguez e Latino*, Suplemento II, Lisboa 1728, p. 168.

<sup>7</sup> Todas en C. DE FIGUEIREDO, *Dicionário da Língua Portuguesa*, 14.ª ed. Lisboa (1949).

Los diccionarios etimológicos de A. Nascentes<sup>8</sup> y de J. P. Machado<sup>9</sup> —este último con información cronológica— la introducen bajo la forma *cutiliquê*. Se echa de menos en el *Dicionário Etimológico* de A. Geraldo da Cunha (Río de Janeiro 1982, 2.<sup>a</sup> ed. 1986).

J. da Silva Correia<sup>10</sup> menciona la *gente de cutiliquê* en este pasaje de Francisco Manuel de Melo: «Escandalisaram-se muito os *repolhos* por ser gente (diziam elles) de *cutiliquê*. Que cousa é *cutiliquê*? preguntaram as *beldroegas*: e os *repolhos* responderam: sem refolhos vos digo, que é esse o melhor *breve*; porque as bizarras do tempo, sem mandar a Roma, *dispensam comsigo fidalguia plenaria* com todas as *indulgencias* de faceiras» (*Feira de Anexins*).

Antes de F. M. de Melo registramos la palabra en Enrique da Mota, poeta del *Cancioneiro Geral* de García de Resende, hablando de «hũ omem *muyto pequeno e chama-se João Grande*», «ortelam que a rainha tem nas Caldas», con quien sostiene este diálogo: «—Ysso será zombaria.../ Bem, porquê?! —Porque soys hũ *qutilquê*/ pouco moor que cotovia; / E Jam Grande deue ser / hum omem, crecido, / muy comprido / de descriçam e saber... // vos pareçeis bogio / com capelo, / redondo como un nouelo / ou pymeu em desafio»<sup>11</sup>.

A principios del XVI todavía se usaba el sintagma sin la vocal anaptítica, esto es, *qu-til-que*, como correspondía al silabeo normal portugués. En el siglo XVII ya se generaliza la variante con -i- entre la -l- y la -q-.

Aún en el siglo XVIII perduraba la solución antigua pero con la vocal inicial ajustada a la pronunciación eufemística de la *qu*, que por ser masculina y homónima del *cu* «culo», se hizo «*quetilque*. Plebeu. Cousa elevada, sublime ou de classe superior» según advierte Monte Carmelo<sup>12</sup>.

Y la misma grafía utiliza B. de Lima e Mello Bacellar: «*Quetilquê* (quid tale) que cousa he tão elevada? v. a. 3., e *queixa*, quegila»<sup>13</sup>. La etimología lo mismo que su interpretación como una expresión verbal son pintorescas.

Los diccionarios modernos registran un sentido más en consonancia con el que se adivina en los textos, que es el de «cousa ou pessoa de pouca monta; bagatela; ninharia»<sup>14</sup>; bastante cercano al que se adivina en Góngora, en donde también se evoca una *cogujada* o *cotovía*: «¿Que hay señor qutildequé? / ¿Hanle crecido los hombros / dos hebras de seda más / que cuatro dedos de corcho? // ¡Vanidad de vanidades! / Tanto levanta del polvo / su mitra a la cogujada / como su capelo al hongo»<sup>15</sup>. Y más aún en el

<sup>8</sup> *Dicionário Etimológico da Língua Portuguesa*, Rio de Janeiro 1932, s.v. «cutiliquê».

<sup>9</sup> *Dicionário Etimológico de Língua Portuguesa*, 2.<sup>a</sup> ed. Lisboa 1967, s. v. «cutiliquê».

<sup>10</sup> *Ecos Lingüísticos da soletração e da silabação*, Revista Lusitana XXIX (1931) p. 103.

<sup>11</sup> *Cancioneiro Geral de Garcia de Resende*. Texto estabelecido, prefaciado e anotado por A. J. DA COSTA PIMPÃO e A. FERNANDA DIAS, II, Coimbra 1974, pp. 259-260.

<sup>12</sup> *Compendio de Orthographia*, Lisboa 1767, p. 669.

<sup>13</sup> *Diccionario da Língua Portuguesa*, em que se acharão dobradas palavras do que traz Bluteau..., Lisboa 1783, p. 482. Omite las variantes *quutiliquê* y *quotiliquê*.

<sup>14</sup> C. de Figueiredo, *Dicionário da Língua Portuguesa*, 14.<sup>a</sup> ed. s.v. «quotiliquê».

<sup>15</sup> L. de GÓNGORA, *Romances*. Edición de A. Carreño. Letras Hispánicas. Cátedra, Madrid 1982, p. 350. Transcribimos *qutildequé* como una sola palabra en vez del *Q. tilde, qué*, de dicha edición.

*quildequé* elevado a abstracción en Gracián, pues no es «sino un *afectado*, un *presumido*, y, en una palabra» eso es «un *quildequé*»... «El *atildado*, estáse dicho, el *mirlado*, el *abemolado* y que *habla con voz flautada*, con *tonillo de falsete*, el *ceremonioso*, el *espetado*, el *acartonado*, y otros muchos de la categoría del *enfado*; todos éstos se descifran por la *quildequé*»<sup>16</sup>.

Nótese la *quildequé* femenino, cuando se refiere a la *letra cifrada*, y masculino cuando designa una *clase de personas*. El nombre mismo de la letra cifraba muchas cosas: una *letra vacía*, inútil, baldía, como decían los gramáticos, una *tilde* que no sólo evoca el título, los *títulos nobiliarios* y *científicos*, sino también una «cosa mínima», y los *atildados*.

Por eso un *pequeñajuelo*, redondo como un ovillo, que parecía un mono con *capelo* o un pigmeo desafiante, y que para colmo se llamaba *Joam Grande*, es un *quildequé*. Por eso los *repolhos* son *gente de cutiliqué*, *breve* que dispensa *fidalgua plenaria* con todas as *indulgencias de faceiras*, que apunta en dos direcciones: a las *tierras de labor* y a los *petimetres*. Son hermanos de «*Don Repollo y doña Berza / de una sangre y de una casta, / si no caballeros pardos, / verdes fidalgos de España*» (como escribe Quevedo). Por eso el *homem de quutiliqué* es «*homem de respeito e de préstimo*», para los chulos, los ignorantes y los necios, no para los discretos, que saben distinguir lo auténtico de lo vacío y falso. Por eso el doctorcito *cutildequé* de Góngora, que parece un *hongo* o una *cogujada* con *mitra* es suma de la vanidad de vanidades. Y todos ellos se funden y confunden en el *quildequé*, que es bastante más que un *qualque*, un *cualunque* o un *cualquiera* en la pluma del autor de *El Criticón*.

<sup>16</sup> *El Criticón*, III, p. 103 de la ed. de E. CORREA CALDERÓN.